

La transmisión de la fe en la familia

Introducción

Las estadísticas actuales sobre la práctica religiosa en España son decepcionantes:

- Más del 80% de los niños son bautizados,
- sólo un 70% reciben la primera comunión,
- cerca del 40% recibirán la confirmación,
- pero sólo entre el 4% de los jóvenes entre quince y treinta años participan con frecuencia de la Misa dominical.

¿Qué ha pasado a lo largo de este itinerario? Los factores son muchos. Entre las causas está la presión del ambiente, la cultura dominante entre los jóvenes, la falta de ejemplos de vida cristiana dentro de las familias, y un largo etcétera que los sociólogos podrían individualizar mejor. No obstante, no vamos a analizar las causas sino aportar soluciones.

¿Qué queréis de vuestros hijos?

¿Qué queréis de vuestros hijos dentro de unos años, cuando ya seáis mayores y veáis el resultado de vuestra tarea educativa? Las respuestas a esta pregunta suelen ser de este tenor:

- que sean buenas personas,
- que ayuden a los demás,
- que no tengan problemas,
- que sean felices,
- que lleguen al cielo...

Todos querríamos esto para nosotros y nuestros familiares y amigos, pero, en último término, ¿qué queréis de ellos? ¿Os conformaríais con que fueran buenas personas, pero que no fueran felices? ¿O muy generosos, pero infelices? **La respuesta de todos, en definitiva, era que lo que querían era que fueran felices.**

Sin embargo, ya en estas respuestas descubrimos algo importante, que es **la relación entre la felicidad, la bondad, la generosidad y el cielo.**

Todos queremos **ser felices** y de hecho **este es el fin del hombre, impreso en su naturaleza, y que el hombre no puede rehusar.** Todo lo que hacemos persigue, de una manera o de otra, ser felices.

Pero ¿qué es la felicidad? **¿dónde está el secreto de la felicidad?** Nos damos cuenta de que **la felicidad no está en una satisfacción momentánea, sino en una vida consolidada, una vida plena.** **Ser feliz es la consecuencia de un modo de vivir, no de una acción concreta.** Incluso más, **la felicidad se decide en el amor, en amar y ser amado. Nadie puede ser feliz sin referencia al amor.**

El Papa Juan Pablo II lo expuso magistralmente al inicio de su pontificado: «El hombre no puede vivir sin amor. Permanece para sí mismo un ser incomprensible; su vida carece de sentido si no se le revela el amor, si no se encuentra con el amor, si no lo experimenta y lo hace propio, si no participa en él vivamente» (*Redemptor hominis*, 10). **El amor es, por tanto, la vocación del hombre, aquello que nos hace felices.**

¿Qué tren cogemos o hacemos coger?

La educación se asemeja a subir a un niño a un tren que le llevará, a menos que baje del tren y tome otro, a una estación final, destino que los educadores deben conocer para saber cómo quieren educar a sus hijos. Con frecuencia queremos de ellos una cosa, pero la forma en que los educamos no les lleva a este destino por el propio dinamismo interno de ese sistema.

Aristóteles describe cuatro maneras de ser, cuatro caracteres, a la luz de **tres dimensiones del ser humano**:

- **la *inteligencia***, cuyo objeto es conocer la verdad,
- **la *voluntad*** —el apetito racional— que se dirige, desea y busca el bien,
- **y las *pasiones***, (las emociones, los gustos, los sentimientos).

A estos cuatro caracteres les denomina, de menor a mayor grado de integración:

1. *akolastos*,
2. *ácrata*,
3. *éucrata*
4. *virtuoso*.

Veamos sus características y a dónde conducen estas formas de ser. El itinerario que va desde la estación de salida —la descripción de cada uno de estos caracteres—, a la estación final —como serán nuestros hijos en función del tren en el que los subamos—, para que nos demos cuenta de la importancia de lo que tenemos entre manos, y podamos escoger con conocimiento de causa el modelo de educación y evitar, a la vez, que nadie se lleve a engaño con lo que está haciendo con sus hijos.

El *akolastos*

Es **el *desenfrenado o disoluto***. Hoy podríamos traducirlo como **el impresentable**.

Desconoce lo que es bueno y malo, no tiene ningún dominio de la voluntad y por ello sus apetencias están depravadas y piensa que hacer aquello que me agrada es precisamente lo bueno para mí. El *desenfrenado* no ha desarrollado su madurez, ni en el carácter ni en la inteligencia.

Debemos preguntarnos, si el *desenfrenado* puede ser feliz de verdad. Él está convencido de que sí, porque hace lo que le da la gana: si tiene hambre, come; si tiene sueño, duerme; si está enfadado, se queja; si no quiere ir a trabajar, no va,... y ve con horror, pensando que esto no compensa, el comportamiento de

los demás que hacen continuamente aquello que no les gusta, por obligación y con esfuerzo. ¿Es feliz un personaje así? **Éste nunca será feliz.** Lo importante está en entender por qué.

Una primera razón viene dada por la profunda insatisfacción que siente aquel en quien **las pasiones son las que dirigen su vida.** Siempre querrá justamente aquello que no tiene, y esto lleva a una insatisfacción continua. He aquí el final del camino del caprichoso que no domina su voluntad: siempre quiere más y nunca tiene bastante, es decir, **vive una situación de insatisfacción existencial.**

El ácrata

Hay una segunda forma de ser, **el ácrata,** que podemos traducir como el **inmoderado o incontinente.**

Este vive también bajo el dominio de las apetencias desordenadas, que son la guía de su actuar, pero normalmente **sabe que aquello que hace es malo;** tiene una mínima educación intelectual sobre lo que es el recto obrar, pero su inmadurez de carácter, hace que no tenga suficiente voluntad para hacer aquello que considera que es bueno. Lo que manda en su vida son las pasiones.

Haced de vuestros hijos, niños y niñas caprichosos, consentidos en sus gustos, y conseguiréis, en el futuro, chicos y chicas insatisfechos y, por lo tanto, infelices. La tiranía de las pasiones impone su criterio, que es siempre la tristeza de no poseer todo aquello que la persona desea.

Una segunda razón, **está en la imposibilidad de actuar como se piensa,** porque **las pasiones determinan el comportamiento,** que ya no se guía por la razón que descubre la verdad del bien. Al hacer no aquello que es bueno sino lo que me gusta, pero que sé a la vez que no conviene o no es verdaderamente bueno, acabo roto por dentro.

Si dais criterio a vuestros hijos pero no les educáis la voluntad, el resultado final **son personalidades rotas que, al no ser capaces de vivir cómo piensan, acabarán justificándose y pensando cómo viven.**

Esta **ruptura interior de no vivir coherentemente** como se querría lleva también a la tristeza y a la insatisfacción con uno mismo. La pérdida de la autoestima será el paso siguiente, y el punto final el no poderse mirar a la cara con un cierto orgullo de sí mismo. Verse así cada mañana al levantarse y mirarse en el espejo lleva al **desencanto,** a la **falta de esperanza** y al vacío ante un mundo que anhelo y que no puedo conseguir por falta de fuerzas.

Esta estación final del tren a la que llega quien no educa el carácter y la voluntad, no es demasiado atractiva. Y es evidente que no lleva a la felicidad, a aquella vida plena y realizada, a la que todos aspiramos y deseamos.

Queda, no obstante, **una nueva razón, por la cual el ácrata no puede ser feliz, y es la más importante: no sabrá amar.**

¿Qué es el amor?

Debemos detenernos un momento para profundizar sobre la realidad del amor, de aquel amor que nos hará felices. Y lo haré siguiendo la primera parte de la Encíclica del Papa Benedicto XVI, "*Deus Caritas est*" (DCE).

El deseo del otro, el *eros*, lleva en su dinamismo una promesa, la promesa de la felicidad. De una felicidad que sólo puede hacerse realidad con el otro, con aquel a quien amo y a quien nadie más puede sustituir, a la vez que necesito tenerlo siempre a mi lado. Si no lo tengo, me doy cuenta de que no podré ser feliz, porque me faltará aquel que me hace feliz.

El *eros*, el deseo de comunión con el otro, requiere la exclusividad y el "para siempre". Así lo expresa el Papa: "El desarrollo del amor hacia sus más altas cotas y en su más íntima pureza conlleva el que ahora aspire a lo definitivo, y esto en un doble sentido: en cuanto implica exclusividad —sólo esta persona—, y en el sentido del «para siempre».

El amor engloba la existencia entera y en todas sus dimensiones, incluido también el tiempo. No podría ser de otra manera, puesto que su promesa apunta a lo definitivo: el amor tiende a la eternidad. Ciertamente, el amor es «éxtasis», pero no en el sentido de arrebató momentáneo, sino como camino permanente, como **un salir del yo cerrado en sí mismo hacia su liberación en la entrega de sí** y, precisamente de este modo, hacia el reencuentro consigo mismo, más aún, hacia el descubrimiento de Dios." (DCE, 6)

¿Qué pasa cuando el *eros*, el deseo del otro, impone su criterio y no arrastra a la voluntad hacia el don de sí mismo? Que este *eros* embriagado e indisciplinado, ya no es elevación, «éxtasis», sino caída, degradación del hombre (Cfr. DCE 4). El *eros*, degradado a puro deseo, que es lo mismo que decir a puro «sexo», se convierte en mercancía, en simple «objeto» que se puede comprar y vender; más todavía, el hombre mismo se transforma en mercancía (DCE 5). Este *eros* indisciplinado lleva a la posesión del otro, no a la entrega de sí mismo. Y quien está dispuesto a ser cosificado, convertido en objeto de placer del otro y a largo plazo, descubrirá, por poco que valore su dignidad, que el otro le está usando pero que no se entrega, y por tanto esta relación tiene, seguro, fecha de caducidad. Es imposible que dure.

«Resulta así evidente —comenta Benedicto XVI— que el *eros* necesita disciplina y purificación para dar al hombre, no el placer de un instante, sino un modo de hacerle pregonar en cierta manera lo más alto de su existencia, esa felicidad a la que tiende todo nuestro ser. (DCE 4). **El *eros* ha de ser también "agapé", donación de sí, para no perder al otro en quien se hará realidad la promesa de felicidad que el *eros* apuntaba.** El *agapé*, «expresa la experiencia del amor que ahora ha llegado a ser verdaderamente descubrimiento del otro, superando el carácter egoísta que predominaba claramente en la fase anterior. Ahora el amor es ocuparse del otro y preocuparse por el otro. Ya no se busca a sí mismo, sumirse en la embriaguez de la felicidad, sino que ansía más bien el bien del amado: se convierte en

renuncia, está dispuesto al sacrificio, más aún, lo busca». (DCE 6). Y haciéndolo así se encuentra con una felicidad plena, no una mera satisfacción.

El *eros* indisciplinado, propio del ácrata y del *akolastos*, reduce al otro a puro objeto de satisfacción personal. Así, el otro vale la medida de mi deseo. ¿Qué pasará si cambian mis *deseos* o me atraen nuevos deseos que la pareja no me proporciona? La continuidad de dicha relación no tiene futuro. ¿Quién quiere sentirse amado de esta manera? Evidentemente, nadie. Esta es, sin embargo, la forma de amarse de muchos jóvenes que, malograda la voluntad que los incapacita por el don de sí, por la carencia de carácter y de la virtud de la castidad, utilizan al otro para el propio goce. Dicho de otra forma, el *eros* no fundamentado por el don de sí mismo es puro egoísmo. Y esto no es verdadero amor.

Conviene, además, añadir, que **el *eros* y el *agapé*, el deseo y la entrega de sí, deben darse mutuamente para hacer realidad el amor pleno.** «Si bien el *eros* —señala el Papa— inicialmente es sobre todo vehemente, ascendente —fascinación por la gran promesa de felicidad—, al aproximarse la persona al otro se planteará cada vez menos cuestiones sobre sí misma, para buscar cada vez más la felicidad del otro, se preocupará de él, se entregará y deseará «ser para» el otro.

Así, el momento del *agapé* se inserta en el *eros* inicial; de otro modo, se desvirtúa y pierde también su propia naturaleza. Por otro lado, el hombre tampoco puede vivir exclusivamente del amor oblativo, descendente. No puede dar únicamente y siempre, también debe recibir. **Quien quiere dar amor, debe a su vez recibirlo como don.» (DCE 7)**

Sintetizando estas ideas, y formulándolas para facilitar su memoria, podemos afirmar que «el *eros*, el deseo, sin la entrega de sí, es expresión del egoísmo personal; mientras que la entrega de sí, el *agapé*, sin el deseo, humilla al otro». Retomaremos después esta reflexión sobre la segunda parte de esta afirmación. El amor pleno sólo se encuentra en el deseo que deviene don de sí —el deseo *oblativo*— o en la entrega total de sí acompañada del deseo —entrega deseada—.

El ácrata, el amor y la felicidad

Retomemos los motivos por los cuales **el ácrata nunca podrá ser feliz de verdad.** Ya he afirmado que éste **nunca sabrá amar.** La falta de dominio del carácter, el desconocimiento de la virtud de la castidad, el dejarse llevar por los gustos, ponen en evidencia que **la única razón por la que un ácrata buscará a otra persona será para satisfacer su propio deseo, y cuando esta persona no le ofrezca aquello que él desea, la rechazará.**

El deseo incontrolado de quien no quiere ni puede asumir las responsabilidades de una convivencia lleva a convertir al otro en objeto y material de uso. Es decir, para el ácrata, quien no está a la altura de sus gustos, no es digno de su compañía.

¿Quién querría empezar una relación de pareja, cuya continuidad depende casi exclusivamente de que el otro, el ácrata, considere que aquello que se le ofrece

vale la pena? Repitémoslo de nuevo para que se nos quede bien grabado en la cabeza y en el corazón: nadie lo querrá!

La perspectiva de futuro de un **ácrata** es, como mucho, esperar que la otra no se canse de él o que él mismo no se canse de ella. Ella permanecerá a su lado, a criterio del ácrata, mientras apruebe a diario el examen de «grado de satisfacción que le proporciona». Cuando el resultado no llegue al aprobado, será despedida para no convertirse en una carga, y a por otra...

Conviene no olvidar cual es la estación final de este tren al que se ha subido. Y **el final no es otro que la soledad**. ¿Por qué? Porque con el tiempo y la edad, llegará un momento en que, por la carencia de dominio de mí mismo, mi carácter se irá agriando y el atractivo se irá perdiendo y ya nadie querrá ser *objeto* de mi deseo, y todos aquellos a los que he *usado* pagarán con la misma moneda, y me quedará solo. Mirad, si no, qué pasa en gran parte de los países del norte de Europa, donde el número de viviendas unipersonales crece cada vez más. Y pensad que **la soledad es la peor insatisfacción y la razón de la más grave infelicidad: no saberse ni sentirse querido**.

¿Es esto lo que queréis para vosotros y para vuestros hijos? Pues no dejéis que sean caprichosos, educadles el carácter, hacedlos lo bastante disciplinados para que dominen las pasiones y no sean dominados por ellas.

Además, no podemos olvidar, que hoy en día, en ciertos ámbitos, los niños tienen todo lo que quieren. Sólo es cuestión de tiempo: regalos, ropa, caprichos, etc. **Necesitan darse cuenta de que no se puede tener todo, que hay que compartir, que no pueden disponer del tiempo y de las personas según su propia conveniencia, que no son los reyes del mundo, sino servidores para hacer felices a los demás.**

Han de asumir responsabilidades en casa, tener limitación de tiempo en el uso de la televisión y de juegos informáticos, tener hora de llegada a casa en función de su edad. Necesitan aprender a no dejarse llevar por sus apetencias. Tienen que aprender a comer de todo, asumir encargos, hacerse la cama, tener la habitación ordenada.

Si por cansancio de los padres y educadores se tira la toalla para evitar conflictos a corto plazo o por no ver a sus hijos enfadados, no olvidemos que esto hará de ellos, en el futuro, como ya he explicado, *insatisfechos* vitales, *rotos* y *solitarios*. **El panorama al que conduce una educación que no lleve a fortalecer el carácter, no es nada atractivo. Los habremos desgraciado.**

Hay muy buenos libros y cursos de orientación familiar en los cuales encontraréis medios para conseguir la educación de vuestra voluntad y la de vuestros hijos. Leedlos, asistid, porque es mucho lo que nos jugamos: la felicidad de vuestros hijos. ¿No es esto lo que queráis los padres cuando os he preguntado que queráis para vuestros hijos? **Quienes abdican de la tarea educativa de fortalecer la voluntad, no lo conseguirán.**

Recuerdo, a modo de ejemplo, a los padres de unos niños que solían recibir muchos regalos el día de reyes. Los padres habían decidido que antes de

desenvolverlos debían escoger uno de ellos para darlo a la parroquia para las familias pobres. Tendríais que haber visto los llantos de los pequeños al ir hacia la parroquia y entregar el regalo «desconocido». Qué gran lección para aprender que no lo pueden tener todo y que deben compartir con los demás aquello que hemos recibido como un don. Con esto no quiero decir que todos lo debamos hacer, pero seguro que se nos ocurrirán otros muchos medios por lograr este fin.

El moderado o continente (éucrata)

Vamos a por el tercer carácter que describe Aristóteles. El *éucrata* es aquel personaje con sus apetencias, en buena medida desordenadas, pero con dominio de sí suficiente como para no consentir en sus deseos no racionales, pese a que a veces se deje atraer por ellos. Como podemos ver, éste tiene ya una mayor madurez tanto de carácter como intelectual. Conoce en gran medida aquello que es bueno y malo, tiene suficiente dominio para vivir aquello que debe, pero tiene el corazón puesto en otras muchas cosas que sabe que no le convienen, aunque si pudiera las haría.

El *éucrata* cumple habitualmente con las obligaciones y responsabilidades que tiene, pero lo hace con corazón partido por no poder realizar algunos de los deseos que sus pasiones buscan.

Los ejemplos podrán iluminar mejor esta forma de ser. Desde una perspectiva cristiana, conscientes de los deberes con respecto a Dios, sabemos que debemos asistir a la Sta. Misa los domingos, pero, a menudo, lo hacemos sin ninguna ilusión, como si fuera una carga que si nos la sacaran de encima nos harían un favor. Ante Dios, que es el Amor, la Bondad y la Belleza absoluta, el más digno de ser Amado y Deseado, uno ve cómo aquella persona prefiere otras muchas cosas, otros planes, a compartir su intimidad y a recibir el don de Dios mismo.

Esta forma de amar humilla al otro y esta es una realidad que Benedicto XVI ha querido dejar también reflejada en su encíclica "Deus caritas est", al afirmar que la entrega de sí mismo sin el deseo del otro no es el verdadero amor. El *agapé* envuelto de *eros* es el amor más pleno. Quien se alegra porque no debe ir a Misa, lo que dice realmente es que si Nuestro Señor le pide que vaya, irá — tiene suficiente dominio para controlar sus gustos y hacer lo que entiende debe hacer—, pero si Dios no se lo pide, estará más contento, porque así el otro, en este caso Dios, no le condicionará los propios deseos a través de los que este hombre busca de ser feliz.

Quien actúa así no hace otra cosa que darle a entender a Dios que Él no es el motivo de nuestro goce, de nuestra alegría, de nuestra felicidad, sino lo son otras cosas que no son Dios mismo. Quien piensa en la autoestima divina al ver que nos comportamos así, se da cuenta del desamor que esta actitud manifiesta.

Cómo podéis ver, el *éucrata* siente la responsabilidad o la obligación —aquello que entiende que es bueno y que hay que hacer— como una carga, no como un gozo. El estado anímico de quien se comporta así es la queja existencial, un

malhumor constante. Sentir la presencia de los otros como una carga, como una limitación, es el estado anímico típico del *éucrata*.

Para muchos matrimonios el hecho de estar casados implica una limitación de su libertad que no les deja cumplir sus deseos, pero que el conjunto de la situación les compensa. Ven las responsabilidades familiares no como un camino de libertad —toda libertad verdadera tiene la verdad como guía y el amor como fin, como enseña Juan Pablo II en la *Encíclica Veritatis splendor*— sino como una limitación de la misma.

Otra vez, las responsabilidades y obligaciones, que aun así no se dejan de cumplir, se sienten como una carga y no como un gozo. Esto no es amar, pese al grado de donación de sí que supone, porque más que como un don se vive como un *robo*. Me roban el tiempo, las ilusiones, los deseos, otras posibilidades que pienso me harían feliz. **Sólo cuando las cargas y las obligaciones se viven con gozo, el hombre ha aprendido a amar, porque así, el gozo del otro es de verdad el motivo de mi gozo, y ésta es la lógica propia del amor.**

Querría añadir un comentario sobre la sonrisa y la ternura. Al reflexionar sobre qué es el amor conyugal, sobre la donación de sí arropada del deseo del otro, de un *eros* que deviene *agapé* y de un *agapé* que encuentra en el *eros* su plenitud de entrega, pienso, haciendo uso de la teología del cuerpo que tan bien explicó Juan Pablo II, que **la expresión corporal ante la presencia del amado tiene dos manifestaciones principales: la sonrisa y la ternura.**

La sonrisa es la expresión facial de gozo ante el encuentro con el amado. Sonreír significa que la presencia del otro es vivida como un gozo y es la consecuencia de la alegría corporal que produce aquel encuentro. La sonrisa es, de este modo, una afirmación del otro que se da cuenta de que su presencia es valorada. El malhumor, las malas caras, por el contrario, expresan que la presencia del otro es vivida como una agresión, como un peso, como una carga. La falta de sonrisa manifiesta, pues, que se es persona non grata para el otro, lo cual da a entender que no se es suficientemente querido. Este es uno de los motivos por los cuales es tan importante sonreír, y la razón por la cual, la carencia de la sonrisa, puede hacer tanto daño a la otra persona, es porque manifiesta el hecho de no ser amado ni valorado.

La ternura tiene una dinámica parecida a la sonrisa. **Con la ternura** comunicamos la dicha por la compañía y proximidad del otro. Con la ternura se transmite algo más que un placer, se transmite la exclusividad del valor con el que miro a la otra persona. La ternura es, pues, el verdadero reconocimiento del otro como fuente de mi gozo. Sin ternura es difícil manifestar un verdadero amor.

Este pequeño discurso era necesario para mostrar como el *éucrata*, con la falta de alegría y de ternura, da a entender un cierto menosprecio del otro y por esto le acaba humillando. Hago más aquellas palabras de S. Pablo a los filipenses: “¡Vivid siempre alegres! os lo repito, ¡ivid alegres!”

La reacción eucrática tiene muchas manifestaciones. Ya hemos visto unas cuantas, pero podemos encontrar más. Veamos algunos ejemplos concretos:

- La vemos cuando a menudo los padres —sea porque van *derrapando* por la vida, especialmente las madres que habiendo hecho opción por la maternidad dedican a la vez una jornada entera a trabajar fuera de casa, sea porque tenían unos planes que no podrán llevar a cabo— ante la enfermedad de un hijo que les impide cumplir sus propósitos, se quejan, es porque ven esta circunstancia como una injerencia indebida que les obliga a cambiar sus planes. Hay hijos, que por la reacción paterna o materna ante una enfermedad, tienen miedo a ponerse enfermos por el malhumor existencial que provoca en sus progenitores.
- Otro ejemplo. El de aquel marido que, reclamando la intimidad conyugal sin ningún deseo de procreación pero con conciencia cristiana de querer «vivir bien» las relaciones matrimoniales (y lo pongo entre comillas porque esto no es vivirlas bien), es informado por su esposa de que está en un momento fértil. ¡Cuántas malas caras porque uno no puede satisfacer aquello que en aquellos momentos desea! ¡Cómo si la culpa fuera de la mujer! El hombre vuelve a darse cuenta de que querer disponer del otro aceptando sólo a contrapelo lo que no puede cambiar, expresa más un desamor que una verdadera donación y una plena acogida llena de agradecimiento y admiración, propias del amor verdadero.
- ¿Y qué decir de la lógica de los niños *programados* o *controlados*? Cuando los padres se han sentido ya realizados con el número de hijos que tienen y viene uno con el que no contaban, con mucha frecuencia se vive, especialmente en el mundo femenino —motivado bien por la presión ambiental que no acepta con buenos ojos la generosidad excesiva, bien por los abuelos, los amigos o amigas, bien por el ambiente laboral donde encontrará muchas dificultades—, como una carga difícil de aceptar que lleva a la tristeza, al desaliento y a la falta de valentía. ¿Cómo somos capaces de dar a entender al mismo Dios, que ese hijo que es un don suyo, nosotros no lo vemos como un regalo sino con una pesada carga? ¿Esto es fiarse de Dios? ¿Esto es vivir la confianza en la providencia? ¿Es esto darse cuenta que cada hijo es una persona que Dios me encomienda para que por toda la eternidad pueda alabar a Dios, formando parte de la gran familia de los hijos de Dios? Darle lecciones a Dios de lo que nos debería dar es desconocer que lo que Dios dispone es lo mejor para nosotros y para nuestra felicidad. Los hijos no deben ser «deseados» sino «queridos», y esto quiere decir, acogidos desde el primer momento como un don, y si no lo hacemos así no se les está respetando en su dignidad.

Llegamos al final de este apartado. A la luz de lo expuesto, ¿puede el *éucrata* ser feliz? Nos damos cuenta de que no lo puede ser del todo; es más, que son personalidades poco atractivas, y que, a menudo, su ejemplo no lleva ni a la admiración ni a la imitación. Desde esta perspectiva nos damos cuenta de que los *éuocratas* tienen poca capacidad para transmitir a los hijos o a los amigos los valores que ellos mismos viven, porque para el observador externo, más que valores los ve como imposiciones no asimiladas.

Para el *éucrata* es difícil pasar la antorcha de los valores en la tarea educativa, y al no hacerlo se juega mucho, se juega la felicidad futura de los hijos y la suya propia.

El virtuoso

¿Quién puede ser, pues, feliz? ¿Es posible alcanzar la felicidad? Siguiendo con el planteamiento aristotélico, la respuesta da pie a la esperanza. En principio sí se puede llegar a ser feliz, pero sólo aquel que sea virtuoso.

¿Quién es virtuoso? El virtuoso, que incluye el hecho de ser *templado*, **desea lo que es bueno según la recta razón y lo hace**. Es virtuoso quien desea lo verdaderamente bueno por el hecho de ser bueno, y su voluntad *secunda* siempre lo que la razón le muestra como verdaderamente bueno. Todas sus potencias están armonizadas y no se da ninguna ruptura interior.

El virtuoso desea lo que debe hacer, como debe hacerlo y cuando debe hacerlo por tratarse de una acción excelente y así se lo indica y ordena la razón. Con un lenguaje más coloquial, **el virtuoso es aquel que hace siempre lo que le da la gana, le da la gana hacer lo que es bueno, y justamente esto es lo que le agrada. Por esto está siempre contento**.

Además, al secundar, tanto la voluntad como las pasiones, aquello que la inteligencia le muestra como bueno, deviene una persona indestructible. **No hay ninguna ruptura interior, ninguna fuerza centrípeta siendo así que todos los dinamismos que posee se orientan hacia la misma dirección, que es la consecución del bien verdadero.**

Para ser virtuoso se necesitan tres cosas:

1. **Tener criterio, conocimiento del bien y del mal, y capacidad para percibir con objetividad todas las cosas.**
2. **Tener el suficiente dominio de la voluntad para secundar aquello que la inteligencia nos presenta como bien.**
3. **Educar los gustos y las pasiones, para que busquen aquello que es verdaderamente bueno.**

El virtuoso sabe sacar provecho de todo, y al ser el más realista, porque lo ve todo con objetividad, **acepta las circunstancias y sabe aprovechar las contradicciones**, porque en todo encuentra aquello que conviene y como es justamente aquello que quiere, está siempre contento y encantado de la vida. Este es el término final del virtuoso. A buen seguro que esto es lo que queréis para vosotros y para vuestros hijos.

Ejemplo:

- Virtuoso es aquel que viendo una película en la televisión, al irse la luz, no se queja sino que cae en la cuenta que podrá aprovechar este tiempo para otras cosas que convenían, y entonces no lo ve como una agresión sino como una oportunidad. Conclusión: encantado de la vida. Siempre contento.

Sin embargo, para transmitir la vida virtuosa hace falta tener en cuenta, entre otras, dos cosas:

1. **La virtud se transmite sobre todo por ósmosis**, es decir, por vía visual vital, viéndola vivir en los otros. No conseguiremos pasar la antorcha de la virtud a los hijos por el camino de las lecciones verbales sino siendo nosotros mismos la encarnación de dichas virtudes. Sin ver estas virtudes puestas en práctica es muy difícil que se den cuenta de la necesidad de la virtud y de incorporarlas a la propia vida.

Lo mismo acontece con lo contrario a la virtud, que es el vicio, los hábitos operativos malos, que se transmiten también por ósmosis. Los hijos de padres violentos, perezosos, etc., son con el tiempo iguales a los padres, pese a que quizás lo rechazaban interiormente. La sociología lo demuestra. Esta idea es capital, sobre todo cuando explicamos cómo transmitir la fe a los hijos: ¡por ósmosis!

2. **Si no hacemos atractiva la virtud no lograremos nada**. Hoy en día, el mundo que nos rodea es muy agresivo y a la vez muy goloso, muy atractivo. Si consideramos la manera de ser ácrata de muchos de nuestros jóvenes, nos daremos cuenta que metidos nuestros hijos de lleno en este mundo, sólo si han visto en casa, y en los ámbitos educativos que los han formado, que seguir aquello que es bueno de verdad es más atractivo que lo que el mundo les ofrece, entonces escogerán el modelo de vida conforme a aquello que han visto en el hogar. Si la vivencia de las virtudes en el hogar no ha sido atrayente, entonces, al proponerle el mundo otras alternativas más atractivas a simple vista, es evidente cual será el objeto de su elección.

Y no debemos olvidar que adentrarse en este tipo de elecciones no es algo indiferente, sino que significa subirse al tren del ácrata cuya estación final, recordémoslo, es la soledad, la ruptura interior y la insatisfacción vital. Esto es un acicate importantísimo para que los padres den un buen ejemplo.

Ejemplos:

- Aquel padre que al ver que falta agua en la mesa, se levanta de mal humor diciendo «siempre me tengo que levantar yo». ¿Qué verán los hijos? Que ser generoso lleva a un profundo malestar que no vale la pena imitar. La consecuencia: unos hijos que huirán de ser generosos porque verán que esto no conlleva gozo ni alegría.
- Aquella madre que por ahorrarse un enfado de su marido por una trastada de su hija le propone a ésta mentir. ¿Qué sacará la hija? Que mentir es mucho más atractivo que decir la verdad. Que se prepare esta madre cuando su hija crezca porque nunca sabrá con seguridad, si lo que dice es o no verdad.

Debemos hacer atractivas las virtudes, porque en el momento de elegir, los hijos sólo se mueven por los gustos, quieren aquello que entienden que es más atractivo en el sentido más pleno de la palabra. Si no actuamos así, les incapacitamos para afrontar la agresividad de este mundo tan

goloso que ofrece unas golosinas tan falsas. Sí, golosinas, pero que malogran el carácter y los hace todavía más ácratas.

Las familias alegres y generosas son la gran herencia a transmitir a los hijos, porque la memoria de lo vivido en el hogar será su punto de referencia al recordar la felicidad que en su casa han experimentado.

Cuando quieran decidir su futuro, el recuerdo de casa, la memoria del hogar, será su gran referente: el modelo de una vida plena y feliz. Sabrán que escoger otros caminos no lleva a esta felicidad y si quieren aquello que han visto y vivido, tienen que subir al tren de la vida virtuosa. Si no lo hacemos así —que no se engañe nadie— no lo lograremos.

¿Y cómo llegar a ser personas virtuosas?

En lo que a los hijos se refiere, ha quedado claro el camino: hacer atractiva la virtud y la vía de ósmosis, es decir, el ejemplo vivido.

Ahora bien, ¿qué pasa cuando los que tendrían que educar no son virtuosos? ¿Cómo lograr llegar a esta virtud? Hará falta la auto-educación y buscar a su vez referentes educativos para nosotros.

Hará falta un proceso por el cual el hombre se dé cuenta de lo que es bueno — y, por lo tanto, conozca adecuadamente la verdad y el bien—, y se entrene para secundarlo, a pesar de tener que violentar las propias pasiones, convenciéndose que esto que hacemos lo hacemos porque queremos: no nos lo roban, lo entregamos, lo damos libremente, y nos lo debemos repetir, para que quede bien grabado en todo nuestro dinamismo operativo.

La gracia y la vida de oración, nos ayudarán a descubrir la verdad de nuestro obrar, de nuestra falta de dominio, de nuestra falta de confianza en Dios y de la necesidad que tenemos de Dios, de su luz y fuerza, y nos ayudará a renacer a una vida virtuosa, capaz de ser luz para todos los que nos envuelven.

La tarea es urgente y a la vez apasionante, y es mucho lo que nos jugamos. Algunos modelos que hemos recibido de nuestros padres, al cambiar las condiciones sociales, no son suficientes para afrontar este reto adecuadamente, y nos hace falta, especialmente a los matrimonios jóvenes, encontrar las herramientas educativas para transmitir la antorcha de la vida feliz a la próxima generación.

La corrección de la Fe

Veamos **qué aporta la fe en el logro de la felicidad**. Lo haremos teniendo en cuenta las tres dimensiones de la persona: la inteligencia, la voluntad y las pasiones.

Fe e inteligencia

Por lo que respecta **a la inteligencia**, la fe aporta tres dimensiones:

1. **Nos da luz** sobre las exigencias de la dignidad humana, del amor verdadero.

La primera verdad moral para articular una convivencia justa es que todos poseemos la misma dignidad. Sin esta afirmación fundamental sería imposible el respeto mutuo. La fe cristiana da al entendimiento, la capacidad para descubrir con nueva luz y nueva profundidad el verdadero bien humano, condición indispensable para lograr la felicidad.

2. **Nos da la confianza en Dios.** Recordemos la primera afirmación del Credo: Creo en Dios Padre Todopoderoso. A menudo, en las charlas que he dado sobre esta temática, pido un voluntario para hacer un ejercicio de lógica. Se trata de sacar la conclusión de unas afirmaciones previas. ¿Crees en Dios? —pregunto al voluntario—. Sí, responde convencido. ¿Y crees que Dios es tu Padre que es quien más te ama y quiere tu bien? —vuelvo a preguntar—. Sí, responde el interlocutor. ¿Y crees que Dios es Todopoderoso? —pregunto por último—. Sí, suele decir todo el mundo. Una vez hechas las preguntas, hace falta pues, sacar la conclusión: si crees que Dios es verdaderamente Dios, infinito, bueno, etc., si crees que es tu Padre que te ama, y que todo lo puede, entonces nunca puedes quejarte de nada. Hay que ver la cara de sorpresa del interlocutor y de todos los presentes.

A esa misma conclusión llega San Pablo cuando dice que: "Para los que aman a Dios, todo es para bien" (Rm 8,28). Si nos lo creemos de verdad, entonces somos verdaderamente indestructibles, porque ya no veremos nada como una agresión sino como una oportunidad para unirnos más a Dios, para crecer en humildad, en desprendimiento, o para aprender a amar mejor: itodo por nuestro bien! Siempre alegres: este es el mejor corolario de esta afirmación.

Es bueno recordar aquellas palabras de una mujer santa, que pasó bastantes aflicciones, santa Teresa de Jesús: «Nada te turbe, nada te espante, todo se pasa, Dios no se muda; la paciencia todo lo alcanza; quien a Dios tiene nada le falta: sólo Dios basta.»

3. **Nos da una recta conciencia.** Si habéis ayudado a vuestros hijos a saberse hijos de Dios y a mirarse con los ojos del buen Dios, esto es, a hacer a menudo, a diario, ya de muy pequeños, el examen de conciencia, para pedir perdón cuando no han estado a la altura del amor divino, y a confesarse con frecuencia, para querer agradar a Dios, para que su Padre del cielo pueda estar orgulloso de ellos, entonces, en un mundo goloso y a la vez agresivo como el que tenemos, lo único que será capaz de «controlar», en el buen sentido de la expresión, a vuestros hijos cuando estén fuera de vuestro alcance, será Dios mismo a través de su conciencia.

Ante las propuestas impresentables que recibirán, el hecho de sentir en su corazón y en su conciencia la voz del Amor, la voz de Dios que les dice «no me dejes, no me falles, no me traiciones, no me cambies» será la única salvaguarda para no someterse al imperio y a la esclavitud de los gustos, de los amigos, y del querer quedar bien. Sin esta conciencia restan totalmente solos y sin criterio para no sucumbir.

Fe y voluntad

¿Qué aporta la vida de fe a la voluntad? San Pablo explica de sí mismo una realidad que es presente en todo ser humano: «no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero» (Rm 7,24).

Todos somos conscientes de que los deseos que provienen de las pasiones imponen su criterio pese a entender que aquello no es lo bueno y, de hecho, no lo querríamos hacer.

Hemos puesto varios ejemplos al hablar del ácrata. ¿Cómo cambiar este dinamismo? San Pablo también se lo cuestiona ante la imposibilidad de hacer frente con las propias fuerzas y da la respuesta: «¡Qué hombre tan infeliz soy, ¿quién me librará de este cuerpo de muerte? Dios, a quien doy gracias por Jesucristo, Señor nuestro!» (Rm 7,24s).

Sólo Dios, por la victoria de Cristo sobre la muerte, puede con su gracia, hacer posible aquello que humanamente es imposible. Con frecuencia menospreciamos el poder de la gracia divina y contamos poco con ella, con la fuerza de Dios, esta gracia que no es otra cosa que la misma vida divina en nosotros. Es Dios quien obra en nosotros y a través de nosotros.

Un ejemplo bíblico nos ayudará a descubrir el poder de la gracia. Todos recordamos quien era Moisés y qué le dio Dios en el Sinaí. A pesar de ello muchos desconocen que el mismo Dios, entre los preceptos de la Alianza que estableció con Moisés, dejó escrito la posibilidad de la poligamia y del divorcio, denominado libelo o documento de repudio (Dt 24,1). Esto sucedió mil doscientos años antes de Cristo. Y esta fue la costumbre del pueblo escogido durante doce siglos.

Un día, uno de los discípulos preguntó a Jesús: «¿Cómo es que Moisés ordenó que, si el marido quiere divorciarse, dé a su mujer un documento de divorcio?». Jesús respondió con fuerza: «Moisés os permitió divorciaros de la mujer por vuestra dureza de corazón. Pero al principio no era así. Y yo os digo que quien se divorcia de su mujer, fuera del caso de una relación ilegítima, y se casa con otra, comete adulterio.» Fue tanta la sorpresa, el desconcierto y la incapacidad para entender las exigencias del amor humano que el Maestro les presentaba que le dicen ingenuamente: «Si la situación entre marido y mujer es esta, vale más no casarse.» (Mt 19,3-10).

¿Cómo es posible, ante una tradición de siglos, que ahora, el mismo Dios, cambie de repente aquello que Él mismo dispuso con respecto al amor de los esposos, sobre la fidelidad por siempre jamás? ¡Los discípulos no se ven capaces de vivirlo!

¿Qué ha sucedido para que ahora se pueda pedir a todos sin excepciones? La respuesta está en la Encarnación, Pasión, Muerte y Resurrección de Cristo, fuente de **vida nueva que capacita al hombre para vivir en plenitud todas las exigencias de la dignidad humana y del amor humano. Sin Cristo, sin su gracia, que nos llega ordinariamente por los sacramentos —la eucaristía y la confesión frecuente, la vida de oración y la vida moral— es imposible vivir el amor como Cristo nos ha**

enseñado y nos ha mandado. Pero, con Él, todo es posible. «Sin mí no podéis hacer nada» (Jn 15,5) —afirmó Nuestro Señor contundentemente—; con Él, lo podemos todo.

No se trata, sólo de creer en Dios sino de vivir de Él, de recibir su gracia por los medios que la Iglesia nos ofrece. Por eso hay tantos problemas familiares, porque creen en Dios, pero de hecho viven como si Dios no existiera. Dios no cuenta en la vida de muchos esposos, de muchos cristianos, no se cuenta con Él en las decisiones importantes, en el uso del tiempo, del dinero, en el número de hijos, etc. Esta manera de vivir hace que nos alejemos de las fuentes de la gracia y todos conocemos las consecuencias, en la vida de los esposos y de la sociedad.

Las estadísticas sobre divorcios, separaciones, hijos fuera el matrimonio, **abandonos** familiares, violencia dentro el hogar, pornografía, prostitución, etc., son escalofriantes y avalan, desgraciadamente, nuestra tesis. No es gente que lo quiera estropear todo. La mayoría no lo querrían hacer, pero no pueden vivir de otra manera, porque los gustos, las pasiones y la debilidad los lleva hasta aquello que no querrían.

Recurrir, pues, a las fuentes de la gracia es una necesidad humana de primer orden. No es un añadido para gente devota o piadosa sino una exigencia para quien quiere vivir como hijo de Dios y hombre verdadero.

De aquí la necesidad de atraer a todo el mundo hacia Cristo. Él es nuestra felicidad y quien la puede hacer posible, ambas cosas a la vez. Cristo es el Camino, la Verdad y la Vida (Jn 14,6). Para quienes no creen en Dios, también es verdad que Dios tiene otros caminos para llevarles la gracia ganada por Cristo: Dios no se ata las manos con los sacramentos.

Fe y pasiones

¿Qué aporta la vida de fe a las pasiones?

Una de las consecuencias del pecado original fue la pérdida de la armonía de las potencias. La inteligencia se oscureció, la voluntad quedó herida y las pasiones se desordenaron. La gracia restablece todas estas dimensiones humanas; restablece también el orden de las pasiones para que se conviertan en verdaderas guías y motores que nos muevan hacia el bien.

El Espíritu Santo, con sus dones y sus frutos, hará fructificar las potencias operativas del hombre para vivir según Dios, haciéndonos capaces de tener los mismos sentimientos de Cristo Jesús, hasta hacer posible, como dice el Salmo, que «todo yo suspire y me deleite por los atrios del Señor. Lleno de gozo y con todo el corazón aclamo al Dios que me da vida» (Salmo 83,3).

¿Cómo debemos transmitir la fe?

¿Cómo se transmite la fe? La fe es una virtud teologal y, como tal, antes que nada, se debe pedir humildemente, para nosotros mismos y para los demás; es **un don de Dios que hemos de implorar.**

Pero como virtud, **se transmite** también como toda otra virtud, es decir, como ya he dicho anteriormente, **por ósmosis, viviéndola y haciéndola atractiva**, haciendo descubrir su belleza, la verdad que manifiesta y el bien que comporta.

Ejemplos:

- ¿Cómo podemos hacer atractiva la participación en **la eucaristía dominical** cuando llegamos a menudo tarde, nos vamos de prisa al acabar y vamos a regañadientes, poniendo mala cara y dando a entender que es una carga? A Misa hemos de llegar no a tiempo sino *con tiempo*, para prepararla, para disponernos a este encuentro con quien es el Amor.

Deberemos dar gracias al acabar, unos momentos, sin prisa para irnos, porque manifestamos así el gozo de estar con quien ha venido a transformar nuestras vidas dándonos su misma vida divina.

- Deberemos sacar tiempo, y ratos largos, de un cuarto a media hora como mínimo al día, de **diálogo íntimo con el Señor**. Y que los hijos se den cuenta de que, para nosotros, esto es de las cosas más importantes que hacemos durante el día. ¿Quién puede decir que ama a Dios más que a nada aquí en la tierra cuando no le dedica prácticamente tiempo? El amor requiere tiempo, entrega y ternura. Debemos poner el corazón en las prácticas de piedad y vivirlas como expresión de nuestro amor.
- Hemos de ilusionar a los pequeños y jóvenes con los ejemplos luminosos de los santos. En palabras de Benedicto XVI: “deberíamos atrevernos a amar siguiendo **el ejemplo de los santos**”. Que lean vidas de santos adecuadas a su edad.
Padres, ¿explicáis a vuestros hijos aquellas gestas heroicas de hombres y mujeres del Antiguo y Nuevo Testamento —Ruth, Sansón, los hermanos Macabeos y su madre, el viejo Eleazar, los jóvenes Daniel, Ananías, Misael y Azarías, los apóstoles, Zaqueo, etc.— y de toda la historia de la Iglesia?. Llenadlos de grandes ideales, que son los únicos que son de verdad atractivos de seguir.
- Los más jóvenes y pequeños deben ver en los padres el gozo que os da **leer libros de espiritualidad**.
- Tratar con la Madre del Cielo con el rezo del Sto. Rosario, ir a buscar su compañía arrodillándonos ante el sagrario...

Hacer atractiva la fe: este es uno de los secretos más importantes para conseguir transmitir la fe a los hijos. No es sólo una cuestión de piedad sino que nos jugamos su felicidad.

Recuerdo un texto de Dostoievsky el cual escribía que sólo la belleza salvará el mundo, y glosando estas palabras, el predicador de la casa pontificia, Rainiero Cantalamessa, comentaba que “no es el amor a la belleza el que salvará el mundo, sino la belleza del Amor”. Como decía Von Balthasar, y así titula uno de sus libros, sólo el amor es digno de fe.

Manifestad, padres, con vuestras vidas, la belleza de vuestro amor fundamentado en Cristo y seréis capaces de mostrar a vuestros hijos que este amor, el único digno de suscitar la fe, es la opción más atractiva aquí en la tierra. Este es el gran reto que tenéis en vuestras manos, en parte herencia de lo que aprendimos de nuestros padres, pero que requiere nuevos modelos, nuevas maneras de hacer, y esta es la antorcha que debéis pasar a quienes vienen detrás de nosotros. ¡Nos jugamos mucho y vale la pena!